

¿Qué Cuaresma?

CADA año, con la cadencia implacable de los primeros meses, los calendarios de la Iglesia se visten de morado y prescriben ciertas penitencias.

Para no pocos bautizados, desenganchados de la práctica religiosa y en buena medida de la Iglesia, el rigor de enero y las estrecheces de febrero y marzo desembocarán en el respiro de las cortas vacaciones de primavera. (Lo que «antes» se llamaba Semana Santa). El cristiano que mantiene una práctica religiosa más o menos intensa y se vive dentro de la Iglesia visible, experimentará otra vez una cierta extrañeza ante los ritos (ceniza del miércoles) o preceptos de Cuaresma (abstinencia de carne y ayuno). En nuestra cultura actual no es fácil encontrarles sentido. La conclusión es clara: si ni significan ni dicen habría que sustituirlos con rapidez o suprimirlos sin contemplaciones.

Para poder apreciar los elementos que han ido quedando abandonados en el camino o llegan sin aliento alguno a nuestra época, repasemos brevísimamente la historia de la Cuaresma.

La Cuaresma («quadregesima», cuarenta) aparece mencionada en el Concilio de Nicea (325). La Roma, recién bautizada de entonces, celebraba con solemnidad una vez al año la «noche pascual» en la que se bautizaba a los adultos que habían venido preparándose desde hacía tiempo.

También los pecadores públicos preparaban intensamente durante cuarenta días su reconciliación con la Iglesia. Muy pronto este período de preparación de catecúmenos y

penitentes se extiende a todos los cristianos: es toda la Iglesia quien debe morir y resucitar durante las fiestas pascales.

Esa Cuaresma tiene un marcado carácter comunitario. A partir del siglo VII hay asambleas diarias en Roma, que se celebran en diversas iglesias y son presididas por el Papa. Todos los textos litúrgicos de esta época quedan marcados por esas dos características: preparación al Bautismo de los catecúmenos y preparación a la reconciliación de los pecadores. Este ambiente de expectación vigilante desborda el recinto de los templos e impregna la sociedad. En la Edad Media la Cuaresma es una especie de «tregua de Dios». Se cierran los tribunales y los teatros. Se ayuna hasta la puesta del sol.

DE esta Cuaresma de preparación exigente y comunitaria para la Pascua a la Cuaresma que hemos conocido en épocas recientes el parecido, si existe, es casi mera coincidencia. A diferencia de aquellos primeros siglos, hasta hace pocos años había un bautismo generalizado automático. La Iglesia se encuentra hoy así ante la tarea no de bautizar a los convertidos sino de intentar convertir a los bautizados. El ayuno ha quedado tan edulcorado que ni siquiera cumple los mínimos de una dieta benigna para adelgazar. En cuanto a la abstinencia, cualquier ama de casa sabe que, a poco que se descuide en la compra, necesitará más billetes para preparar un plato de pescado que uno de carne. En ese contexto resulta que «sacrificarse» es relativamente un lujo aunque no parece que sea ésa precisamente la finalidad de la abstinencia. Se ha perdido la dimensión comunitaria, la Cuaresma no suscita ambiente de preparación y no se ve sentido a las prácticas preceptuadas del ayuno o la abstinencia.

Todo esto ha quedado reflejado en diversas tipologías de creyentes. La generación que ronda actualmente los sesenta años recuerda —no añora salvo en contados casos— aquellas épocas de mayor uniformidad en que se insistía en el sacrificio y el ayuno. La Semana Santa quedaba muy centrada en el Jueves y Viernes Santo. No eran infrecuentes los casos de familias en que no se iba al cine, no se ponía en

la radio música ligera, y se asistía a conferencias religiosas o misiones populares. Durante varios días los cines o cerraban o proyectaban películas religiosas. El domingo de Pascua venía a ser un amable final feliz, descolgado ya del fuerte dramatismo de los «días serios».

La generación siguiente ha experimentado fuertes cambios en la Iglesia (Concilio Vaticano II) y sobre todo en la sociedad. El aumento de nivel de vida —los primeros seiscientos— hace sentir con más agudeza la necesidad del descanso y ofrece mayores posibilidades de desplazamiento. La Semana Santa pierde el perfil agresivo y el ambiente exterior se distensiona. El clima religioso de la semana va siendo alejado por el aire festivo de unas vacaciones a mitad de semestre. Los humoristas expresaban esta yuxtaposición en el dibujo de un cofrade que cambia en un santiamén el traje de baño de la playa por el hábito de nazareno para salir con la hermandad.

Las celebraciones del triduo sacro no culminan definitivamente en la tragedia del Calvario sino que acentúan mucho más la fuerza expansiva de la Resurrección. Han ido surgiendo numerosos grupos de jóvenes que celebran la Semana Santa en pascuas juveniles. Valores y costumbres «viejas» para esta generación tienen menos significado.

Conversión del corazón no es lo mismo que acudir al confesonario y ayudar a los demás parece mucho más saludable y eficaz que guardar un ayuno y abstinencia no siempre comprensibles.

La Cuaresma impuesta

HAY cuaresmas que no se pueden recuperar. Acabamos de evocarlas. Otras «cuaresmas», aunque no se llamen así, nos vienen impuestas. Son, aunque el término a primera vista parezca contradictorio, una especie de «cuaresma civil». Es claro, como hemos señalado más arriba, que la Cuaresma es un concepto que nace en un ámbito religioso. Con la sacralización oficial de las sociedades, que arranca de la conversión del emperador Constantino, la Cuaresma se convierte casi en una «estación» del año, tanto litúrgico como civil ya que la vida de la Iglesia se desborda

por toda la sociedad e invade y tutela los ámbitos de la comunidad humana. Por ello en siglos pasados es posible una aproximación a la Cuaresma no sólo desde la fe religiosa sino también desde la literatura, el teatro, las costumbres, la sociedad en general.

En el momento actual, la Cuaresma tradicional va quedando lejos por supuesto para los indiferentes religiosos. También para los propios creyentes. Y sin embargo, tanto a unos como a otros se nos ha impuesto una especie de «cuaresma civil»: la actual coyuntura. No la hemos elegido personalmente aunque en buena parte sea fruto de la decisión de los hombres. Participa de ese ambiente adusto y ceñudo con que se solía ver la Cuaresma tradicional. Ahora hay llamada general a unos y a otros a mortificarse sin remedio.

A cualquier sitio del mapa que dirijamos la mirada, el parte meteorológico nos habla de nubarrones. Hay algunas rendijas por donde se cuela tímidamente el sol. Pero predominan las tormentas y no son infrecuentes las catástrofes. Este parte meteorológico, con más nubes que sol, es válido para el plano nacional, también para el internacional y para la propia Iglesia. Sin esfuerzo alguno se pueden citar una serie de rasgos, hechos y nombres. Yugoslavia, Rusia y repúblicas limítrofes, Méjico, Norte-Sur, emigración, xenofobia... En la Iglesia no parece se pueda hablar de «entusiasmo colectivo». Hoy día parece tener más peso la preocupación por clarificar la doctrina que la tarea de anunciarla gozosamente. En la situación española el ciudadano de a pie tiene un manojo de preguntas que escuecen: ¿qué se hace para reducir el paro o el déficit público? ¿a la puerta de cuántos hogares españoles está llamando, no sólo la austeridad sino hasta una auténtica necesidad? ¿en qué medida se emprende una reforma a fondo de la Seguridad Social que la haga, dentro de nuestras posibilidades, más eficaz, menos caótica y menos despilfarradora? ¿cuál es el final de los no tan escasos escándalos de corrupción en que los protagonistas se retiran con su fama enlodada y sus cuentas corrientes repletas? Es una situación desapacible y dura. Y lo malo es que en las

paredes de «esa» Cuaresma civil que nos viene impuesta no hay un calendario que nos señale cuándo cae el domingo de Pascua.

Este ambiente nos empuja a todos al «sálvese quien pueda». Es preferible refugiarse precavidamente en la esfera privada. Las grandes palabras de otras épocas están hoy varadas o amarradas a puerto. Y cada uno en su intimidad se irá arreglando como pueda o malviviendo. Aquella primera Cuaresma se nos queda perdida en el camino. Esta segunda Cuaresma «impuesta» queremos pasarla como un mal trago, cuanto antes.

Recuperar la Cuaresma

PERO la Cuaresma inicial no era tiempo de tristeza aburrida y sin porvenir. Había una búsqueda animosa de Dios: Abrir las ventanas de la propia vida para que entrara la nueva luz gozosa de la Pascua. Había una regeneración: la conversión consiste no tanto en cortar ramas secas cuanto injertar nuevos retoños. La mirada no se volvía hacia atrás, al Jesús de la Pasión que sufrió, sino que se orientaba al futuro: la venida gloriosa del Cristo resucitado. Y como exigencia insuprimible de todo ello había un encuentro en profundidad y solidario con los seres humanos. Recorrer el camino cuaresmal era encontrarse de forma renovada con Dios y con los hombres.

Si estas actitudes son la esencia de la Cuaresma no hará falta emplear muchas líneas para justificar la necesidad de un tiempo así. Si todos, creyentes y no creyentes nos alejamos de un cierto tipo de Cuaresma tradicional y coincidimos, sin haberlo buscado, en esa «cuaresma civil» que nos ha tocado vivir, resulta que unos y otros podemos hacer nuestra una práctica que es saludable para cada uno y beneficiosa para los demás. ¿Qué pasaría en nuestro mundo si el ayuno cuaresmal fuese, para unos y otros un ayuno sobre todo solidario? En esa misma antigüedad que nos parece tan distante hay invitaciones que son sorprendentemente actuales: «Por más que te pases el día en ayunas, por más que duermas sobre el duro suelo y comas ceniza y suspires

continuamente, si no haces bien a otros, no haces nada grande» (S. Juan Crisóstomo) y con respecto al ayuno: «Quien no ayuna para el pobre, engaña a Dios...» (S. Pedro Crisólogo). «El ayuno sin la limosna se ha de atribuir más a la avaricia que a la abstinencia» (S. León Magno).

***HAY** que compartir no sólo el pan sino también la esperanza. No es cuestión de improvisar discursos en falsete que hablen de futuro y de salidas a las crisis. Y esto ni desde las iglesias ni desde esa clase de «púlpitos civiles» como puedan ser los micrófonos de las radios o los editoriales de los periódicos. En buena parte el futuro está y es obra de nuestras manos. ¿Quién se atrevería a decir en serio que hoy ya no es necesario renovar en profundidad las relaciones humanas, o que resulta superflua una acción más comprometida por la justicia social o que es un masoquismo estéril el querer autolimitarse en el uso de los bienes y de la Naturaleza? Aunque la Cuaresma «tenebrosa» haya quedado lejos ¿no es urgente, en cada uno de nosotros y en este momento, una mayor sensibilización y cercanía a los que sufren?*

Junto a la renovación de las actitudes es necesaria también una renovación de los signos. Todo lenguaje, también el de los signos, tiene su época, su período de vigencia más o menos largo. Al final dejan de decir algo, se agostan y mueren. Si la Cuaresma, por los signos que la expresan, quedara reducida a una época en que se entra con desgana y se sale sin ilusión, no generará esa vida que necesitamos. Kurt Martí escribió que el que se encuentra con el Resucitado —y la Cuaresma es camino hacia ese encuentro— muere como mero espectador de Dios, pero para resucitar como testigo y como agente. Por eso es urgente que la comunidad de cristianos sepamos sustituir costumbres gastadas por signos provocadores de vida y de cambio. Esa nueva Cuaresma nos es hoy imprescindible. Y en no pocas parcelas de esa Cuaresma renovada se producirá una fecunda confluencia de los cristianos con tantas gentes de conciencia recta y ánimo solidario que quieren alumbrar un mundo distinto. Este reencuentro será sumamente saludable desde luego para la Iglesia. Pero también para la comunidad humana, para la propia sociedad civil.